

Lenguaje, gestión y poder en la post-dictadura: el caso de la “Filosofía de la administración” de Fernando Flores

PABLO SOLARI

U. Central y U. de Talca
Magíster en Filosofía

Resumen

Este texto sigue una hebra que permite trazar las relaciones entre la Filosofía y el discurso de la transición política como parte del problema más general sobre las condiciones del pensamiento en la post-dictadura. Dicha hebra es la articulación de la filosofía del lenguaje, la fenomenología existencial, la informática y administración que propuso el ingeniero y ex-ministro de Allende, Fernando Flores.

Palabras clave: Transición - post-dictadura - Filosofía del lenguaje - Fenomenología existencial - administración.

Abstract

This article follows a path that shows the relationships between Philosophy and the political transition speech as part of the bigger problem of Philosophy's situation after dictatorship. The path is language Philosophy's articulation, existential Phenomenology, informatics and administration that was proposed by engineer and Allende's ex Minister, Fernando Flores.

Key words: Transition - Post-dictatorship - Language Philosophy - Existential phenomenology - Administration.



¹ Este texto se desprende de un estudio más amplio sobre la “Escuela de Santiago” que aparece en el volumen colectivo *Evaluación, Gestión y Riesgo. Para una Crítica del Gobierno del Management*, editado por Raúl Rodríguez y publicado por las Ediciones de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Central. Agradezco comentarios de Martín Figue-roa a una versión preliminar de ese texto y de Soledad Falabella a versiones preliminares del presente documento.

² Fernando Flores Labra nació en 1943 en Talca. Ingeniero Civil PUC. Fue Ministro de Hacienda, de Economía y Secretario General de Gobierno durante el gobierno de la Unidad Popular. Senador por el período 2002-2010. Detenido tras el Golpe en 1973, pasa por Dawson, Ritoque y Tres Álamos. Es liberado el año 1976 y ya en 1979 tenía escrita, como parte de su doctorado en la Universidad de California (Berkeley), una disertación titulada *Management and Communication in the Office of the Future*, que contiene los fundamentos de su discurso. Cfr.: <http://www.fernandoflores.cl>.

³ Cfr.: Flores, Fernando, *Inventando la empresa del siglo XXI*, Santiago: Ediciones Pedagógicas Chilenas S.A., 1993, p. 18.

⁴ Cfr.: *Ibidem*, p. 62.

Lenguaje, gestión y poder en la post-dictadura: el caso de la “Filosofía de la administración” de Fernando Flores¹

PABLO SOLARI

A finales de los setenta, Fernando Flores² declaró la necesidad de una ‘Filosofía de la administración’, dada la insuficiencia de las teorías disponibles frente a los desafíos de lo que llamó la ‘oficina electrónica del futuro’.³ A diferencia de la fábrica, esta forma de trabajo no sólo está condicionada por la mayor integración de comunicación e interacción en el trabajo mismo, sino por la contingencia de las tareas y multifuncionalidad de los roles: “los pedidos pueden aparecer en cualquier momento, las promesas implícitas requieren ser tomadas en cuenta, etc. [...] no es fácil reconstruir la participación de los trabajadores y del gerente”.⁴ Un nuevo modelo requería repensar la acción y la comunicación más allá del marco racionalista-mecanicista de procesamiento de datos y resolución de problemas en que se movían las teorías en uso. Para salvar esta insuficiencia,

Flores propuso importar elementos de la filosofía contemporánea, conjugando, en lo esencial, la pragmática de Searle y la hermenéutica de Heidegger.⁵ Su conclusión general, que coincide con los conocidos planteamientos que Maturana y Varela hacían por la misma época, es que la acción humana “ocurre en el lenguaje en un mundo constituido a través del lenguaje”, entendiendo por lenguaje una ‘ontología’, es decir, “una serie de distinciones [que producimos en él] y que nos permiten vivir y actuar juntos en un mundo que compartimos”.⁶

Dadas estas premisas, las organizaciones son redes de conversaciones recurrentes que anudan actos de habla directivos y comisivos sobre un trasfondo de escucha compartido.⁷ La administración, entonces, es “ese proceso de apertura, de escuchar y producir compromisos, que incluye un interés por la articulación y activación de redes de compromiso, producidos primariamente a través de promesas y peticiones, permitiendo la autonomía de las unidades productivas”.⁸ De esta descripción, se desprende la tesis radical de *la equivalencia entre administración y comunicación*, cuya violencia sobre los “significados comunes” Flores reconoce y matiza provisionalmente pues “no está del todo claro, por ejemplo, que las percepciones en el dominio ético puedan ser incluidas bajo los términos de las interpretaciones administrativas”.⁹ Dada esta re-descripción teórica, es posible *diseñar* las redes de conversaciones para anticipar los “quiebres” o interrupciones en la transparencia de la acción que inevitablemente afectarán a la organización. Lo esencial de la propuesta de Flores, sin embargo, está en la posibilidad de remover “des-economías” y promover eficacias en la comunicación mediante una “renovación organizacional” en dos dimensiones: “la implementación de una tecnología de sistema de comunicación por computador, diseñados en forma apropiada [...] el entrenamiento del personal en competencia comunicativa básica.”¹⁰

⁵ Según a la interpretación predominantemente fenomenológica en sentido clásico de Hubert Dreyfus.

⁶ Flores, op. cit., pp. 75-76.

⁷ Cfr.: Ibidem, pp. 57-58.

⁸ Ibidem, p. 68.

⁹ Ídem.

¹⁰ Ibidem, p. 58.

En el nivel informático, Flores creó, con un equipo técnico, un software llamado *El Coordinador*, destacando que su interfaz, a diferencia de las lógicas de programación tradicionales, introduce una *ontología* de “lenguaje/acción”. Esto significa que el programa computacional permite, entre otras aplicaciones, sostener ‘conversaciones’ de manera que cada interacción se represente en un formato complejo que incluye, junto con el contenido proposicional, la “explicitación” de su fuerza ilocutiva y otros datos “performativamente” relevantes sobre sus condiciones de cumplimiento.

Sin embargo, lo esencial es el segundo aspecto del diseño: “nuestra principal recomendación estratégica: [...] debe reforzarse y desarrollarse la toma de conciencia de cada miembro de la organización sobre su participación en la red de compromisos”.¹¹ Esta política de explicitación de las fuerzas sería el núcleo operativo de una regimentación general de las interacciones lingüísticas como foco del diseño y gestión organizacional. Este modelo no sólo supone el alineamiento del personal entorno de protocolos de comunicación, sino un ambiente de conciencia reflexiva de la estructura subyacente al *know-how* comunicativo. En un lenguaje que recuerda la biología del conocimiento de Maturana y Varela, Flores afirma que “la orientación que rige nuestro diseño permite a los seres humanos la observación de su producir y actuar lingüísticamente en un mundo”.¹² La misma implementación de *El Coordinador* tendría un efecto pedagógico, integrando trabajo y aprendizaje.

Esto supone una interpretación del significado de *modernización* centrada en la comunicación que apunta a *la conciencia del lenguaje como fuente de compromisos*: “una nueva ‘tradición’ o cultura compartida en la que la dimensión compromiso del lenguaje sea tomada en serio dentro de una interpretación compartida de actos lingüísticos explícitamente marcados”.¹³ Y aunque la interfaz no garantiza la eficacia, es decir, el cumplimiento de las promesas, provee una herramienta poderosa para combatir a su

¹¹ *Ibidem*, p. 59.

¹² *Ibidem*, p. 75.

¹³ Esto implica una distinción entre relaciones *modernas* y *tradicionales* con el lenguaje. Si a mayor “comunidad cultural” mayor es “la relativa claridad de conocimiento acerca de lo que la gente realmente quiere decir con lo que dice” (Flores, 1993, p. 88); con la fractura moderna del trasfondo, “las estructuras de la comunicación están mecanizadas y se regularizan para recuperar algún grado de predictibilidad” (*Ibidem*, p. 89).

principal enemigo público: la *ambigüedad ilocutiva*. “No es posible tener ambigüedad en cuanto a si un mensaje tiene o no tiene la intención de transmitir una petición. Es difícil sugerir una acción para poner a prueba si el mensaje se entiende como algo que usted desea que haga el auditor”.¹⁴ Imperceptiblemente, el discurso de Flores pasa de la computación basada en la comunicación al régimen de “la comunicación que se basa en la computación”.¹⁵

El costo de esta regimentación puede suponer un ajuste grupal del *oído* y una oclusión del *tono* que implique desalojar la cuestión de la *cortesía* como índice de la *amistad*: “[...] en algunos contextos, las prácticas estándar nos inducen a asociar el ser indirectos con la cortesía. [...]. La misma claridad puede ser oída como si tuviese un tono menos que amistoso. Pero a medida que se desarrollan las prácticas en un grupo, el acto de escuchar se desarrolla para adecuarse al medio”.¹⁶ Flores no niega la importancia que puede tener para la organización las formas menos estructuradas de comunicación ni prohíbe la conversación de café o de pasillo. Sin embargo, es posible y necesario discernir atónicas hablas *computer-based* de “aquellas en las que la vaguedad cumple con un importante propósito social y en las que la interpretación del ‘tono de voz’ y el ‘lenguaje corporal’ son esenciales para la comprensión”.¹⁷

¿Qué alcances tienen la tesis de Flores? ¿Se sostiene la pretensión de universalidad contenida en la tesis radical sobre la equivalencia de comunicación y el *management*? En su lectura del género de las filosofías del *management*, el filósofo argentino Tomás Abraham, discípulo de Foucault, argumenta que sí y lo hace tomando como premisa que la empresa es “la institución fundamental del poscapitalismo”.¹⁸ La “empresa”, sin embargo, no tiene sustancialidad, es “un incorpóreo, resultado de la acción de los cuerpos, pero sin cuerpo propio. [...] es puro verbo: *emprender* [...] no hay empresa [...] sino modalidades y modulaciones de un mismo mundo: el mundo empresarial”.¹⁹

¹⁴ Ibidem, p. 89.

¹⁵ Ibidem, p. 92.

¹⁶ Ibidem, p. 89.

¹⁷ Ibidem, p. 92.

¹⁸ Abraham, 2000, p. 15. Todos los “sistemas sociales” pueden concebirse según esta matriz o institución total, es decir, “organizaciones que los agentes ofrecen servicios y se disponen recursos humanos” (Abraham, 2000, p. 17). La empresa no es la fábrica, es decir, “un sistema de control y vigilancia, con secciones, encargados, supervisores, horarios, fichas, anaqueles, la pesada visibilidad de la fábrica” (Abraham, 2000, p. 20). Este modelo es muy costoso y lento para los ritmos acelerados, la contingencia y la polifuncionalidad que rigen el capitalismo global. Lo esencial es asegurar la conectividad, el trabajo en equipo, la participación, la sinergia y la calidad de los recursos humanos.

¹⁹ Ibidem, p. 19.

Por ello, la empresa supone esencialmente un modo de subjetivación²⁰ cuyo paradigma es la relación de *liderazgo* que se ejerce en la comunicación. La forma general del poder en esta “sociedad organizacional” es la *gestión*, pero ésta se halla, a su vez, afectada de una resignificación post-disciplinaria como “ética”. Para Abraham, el cruce de “ética” y *management* es efecto de la “muerte” y “sublimación” de la política tras el triunfo histórico de la racionalidad económica con la caída de los socialismos reales. La transfiguración ética del *poder gestor* tendría el sentido esencial de marcar el vacío dejado por la política y explica la urgencia de una “espiritualidad filosófica” que asista dicha pretensión.²¹ El poder gestor es ético en sentido aristotélico, es decir, como un saber general de lo humano: “El management se constituye como un saber transversal, transinstitucional, una forja en la que se plasmarán los agentes de la organización”.²²

Extrapolando estos enunciados de Abraham, propongo que el sentido ético del poder gerencial no es la “humanización” de la organización, sino, *idealmente*, la operacionalización de lo “humano” como magnitud reguladora general de las interacciones. Por “humano” debe entenderse aquí una compleja y precisa trama de competencias y señales sociopsicobiométricas que definen una normalidad. La tarea esencial del poder gerencial es operar el borde de la organización, delimitando su adentro y su afuera, pues el interior se autorregula por el acoplamiento de las competencias comunicativas *preinstaladas*. El agenciamiento de la normalidad “humana” por la empresa se debe a su capacidad para desempeñar óptimamente aquella función de *autoregulación* bajo las constricciones de descentramiento, flexibilidad, polivalencia, eficacia y eficiencia que impone el capitalismo post-disciplinario: lo “humano” reconoce a lo “humano” (y desconoce a lo humano).

Varios rasgos del discurso de Flores se iluminan desde la perspectiva que propone Abraham²³, pero, especialmente, pone sobre la pista de la articulación entre el coturno

²⁰ “La empresa es el ‘alma’ de los individuos, la llevan siempre, a veces despierta, otras dormida, a veces redimida, otras perdida. [...] microchip bíblico” (Abraham, 2000, pp. 19-20).

²¹ “La lengua de hoy se bifurca en dos lengüetas. Una es la economía, la otra es la filosofía” (Abraham, 2000, p. 11).

²² *Ibidem*, p. 7.

²³ La aspiración a conformar ese “saber transversal, transinstitucional” o “meta-empresarial” que tiene la forma del “software” que reescribe al nivel biográfico individual. Se auto-justifica performativamente la tesis de la administración = comunicación mediante la instauración generalizada de regímenes de escucha que filtran el ingreso a los nodos de conversación, y, al mismo tiempo, proporciona conjuros contra las amenazas terroristas provenientes de la Filosofía.

²⁴ Moulian, 1997, pp. 160-161.

²⁵ “se practicaba una desaprensión lingüística por oposición, contra enemigos que sabían usar el lenguaje estratégicamente [...] una especie de síndrome de autenticidad discursiva: el ‘pueblo no miente’, con la ilusión del hablar transparente que afirmaba la hegemonía de la clase obrera” (Moulian, op. cit., p. 161).

²⁶ “no se logró percibir que los discursos desencadenan pánicos y odios tan reales como si la revolución hubiese sido plenamente efectiva [...] se estaban lanzando bombas de racimo discursivas sobre el sólido y pragmático sentido común de las clases medias y parte del mundo popular” (Ídem).

²⁷ Numerosos son los testimonios a este respecto. Me quedo con el siguiente: “No sabemos verdaderamente qué decir, parece que de repente nos hubiéramos quedado mudos o que las palabras fueran sólo eso y nada más, carentes de contenido, sin verdad, sonidos muertos, inconnexiones sin referentes reales, pura palabrería, verborrea, charlatanería” (Devés, Eduardo, *Escépticos del sentido*, Santiago de Chile: Nuestra América, 1984, p. 17). Cito a Devés por ciertas afinidades biográficas que se adivinan con Flores.

²⁸ Richard, Nelly, *Residuos y Metáforas (Ensayos de crítica cultural sobre el Chile de la transición)*, Santiago de Chile: Cuarto Propio, 1998, p. 47.

lingüístico de dicho discurso –que lo distingue de otras “filosofías del *managment*”– y el discurso de la transición en Chile –como discurso de la muerte de la política–, pero, en especial, con las funciones sociopolíticas que dicho discurso deparó al lenguaje. Tomaré coordenadas de una crónica de Nelly Richard sobre la compleja trama de cruces que configuraron las políticas del habla y los dilemas enfrentados por los idiomas críticos durante la post-dictadura.

Comprender adecuadamente esta articulación requiere previamente consignar la reflexión sobre el lenguaje anclada en la retrospectiva histórico-estratégica de la izquierda. Tomás Moulian ha señalado que la impotencia objetiva del proyecto revolucionario de la UP “se convirtió en una ilusión retórica... tenían un acercamiento pragmático al lenguaje, como si este operara en la pura línea instrumental y no en la línea de la simbolización o del inconsciente”.²⁴ Por ello, a pesar de otorgar una fuerza “generativa” al lenguaje, al mismo tiempo se esperaba que discurso revolucionario operara los cambios gracias a la fuerza del mensaje y su verdad, de modo que ésta debía expresarse en toda su transparencia.²⁵ Al dejar operar la matemática de un discurso revolucionario marcado por el antagonismo burguesía/proletariado, se subestimaron “las zonas de consenso o neutralidad con otros”, estratégicas en la lucha por la hegemonía. La cultura política de la UP habría omitido toda *escucha* sobre el horizonte de recepción de su discurso, factor que contribuye a explicar la derrota y la violenta respuesta contra-revolucionaria.²⁶

Dado este diagnóstico de hiperinflación discursiva durante la UP, no sorprende que el lenguaje haya sido el centro de la zona de impacto del Golpe.²⁷ Nelly Richard ha discernido dos tipos de respuestas frente la “necesidad de recobrar la palabra después de los estallidos de la dictadura que casi privó a la experiencia de los nombres disponibles para comunicar la violencia de su mutilación”.²⁸

Una respuesta es el “discurso de la sociología”, que “[...] se cuidó mucho de no tener que experimentar –en cuerpo propio, en verbo propio– la dislocación de la razón objetiva que esa monumental crisis de verdad y sistema podría haber desatado [...] ordenó los síntomas de la crisis mediante una lengua reconstituyente de procesos y sujetos: una lengua, por lo tanto, incompatible –en su voluntad de recomposición normativa– con lo roto, lo disgregado, lo escindido”.²⁹ Preparados por la Sociología, los tropos normalizadores del discurso político de la transición instituyeron un “habla mecanizada del consenso” que “se vale hoy de palabras sin emoción ni temblor para transmitir significados políticos rutinizados por la monotonía locutoria. [...] sólo es capaz de ‘referirse’ a la memoria (de evocarla como tema, de procesarla como información) [...] sólo nombra a la memoria con palabras exentas de toda convulsión de sentido, para no alterar el formalismo minuciosamente calculado del intercambio político mediático”.³⁰

La segunda respuesta que distingue Richard viene de lo que llama “textualidades poéticas”: “fragmentos trizados de lenguajes al abandono, para narrar –alegóricamente– las ruinas del sentido. [...] una experiencia de lenguaje hecha de oraciones inconclusas, de vocabularios extraviados, de sintaxis en desarme. [...] un ‘saber de la precariedad’ que habla una lengua lo suficientemente quebrada para no volver a mortificar lo herido con nuevas totalizaciones categoriales [...] son estas zonas de conflicto, de negatividad y refracción [...] que guardan, en el secreto de su tensa filigrana, un saber crítico de la emergencia y del rescate a tono con lo más frágil y conmovedor de la memoria del desastre”.³¹

A diferencia de la Sociología, esta lengua *sintoniza* con la fragilidad y la memoria –y es, propiamente, lengua: mediatiza, trae a la distancia–, y Richard proyecta esta “escena de producción de lenguajes” de la década anterior para una política que busca que “el reclamo del pasado sea moralmente atendido como parte –interpeladora– de

²⁹ *Ibidem*, p. 48.

³⁰ *Ibidem*, p. 31.

³¹ *Ibidem*, pp. 48-50. Hay, en rigor, una tercera respuesta, que Richard, por supuesto, no nombra como tal (o que nombra mediante las reflexiones de Germán Bravo sobre lo que suena como “canto aburrido... que ya perdió el tono, carente de tono”) y que es la lengua no mediatizada, operativa y memoriosa, de los deudos y de las víctimas (Cfr.: *Ibidem*, pp. 44-45).

una narrativa social vigente”.³² Al mismo tiempo, da cuenta de las limitaciones de la potencia política de dicha escena en las condiciones socioculturales del *páramo* de los noventa: “¿Cómo manifestar el valor de la experiencia (es decir, la materia vivida de lo singular y contingente, de lo testimoniable) si las líneas de fuerza del consenso y del mercado estandarizaron las subjetividades y tecnologizaron las hablas, volviendo su expresión monocorde para que le cueste cada vez más a lo irreductiblemente singular del acontecimiento personal dislocar la uniformación pasiva de la serie?”³³

Esta última pregunta de Richard delata que el discurso socio-técnico no sólo calculó los protocolos especializados de la política. La necesidad de un lenguaje que habilitara la coordinación en la nueva forma-“empresa” que tomaría lo social en el orden recompuesto fue anticipada por Flores con celeridad asombrosa. ¿Cómo es posible esta anticipación? Quizás deba suponerse que el impacto del Golpe sobre la lengua dispuso un dilema anterior al que plantea Richard y que Derrida ha formulado con elocuencia: “¿Y si valiera más la pena salvar a unos hombres que a su idioma, allí donde, ¡ay!, hubiera que elegir? Pues vivimos un tiempo en que a veces se plantea esta pregunta. En la tierra de los hombres de hoy, algunos deben ceder a la homo-hegemonía de las lenguas dominantes, deben aprender la lengua de los amos, el capital y las máquinas, deben perder su idioma para sobrevivir o para vivir mejor. Economía trágica, consejo imposible”.³⁴ Es posible leer la propuesta de Flores como una opción ante este dilema que sólo puede entenderse como ajuste habiloso a las nuevas correlaciones de fuerzas, pues, en su condición de respuesta sin demora, en su pretensión de continuidad sin solución o acatamiento sin dilación, delata formalmente su necesaria falta de pensamiento o, más bien, necesaria resistencia al mismo.

Ponderada a escala política, *la inversión (especular y asimétrica) de comunicación y computación que propone el discurso de Flores codifica la derrota del proyecto nacional*

³² *Ibidem*, p. 46.

³³ *Ibidem*, p. 45. Al mismo tiempo, Richard observa que los años ochenta prácticas sociales y biografías había quedado exhaustas y “agobiadas” por las “sobreexigencias de rigor y certeza” necesarias para “reinventar lenguajes y sintáxis para sobrevivir a la catástrofe [...] el enfrentarse a los códigos como si la batalla del sentido fuera asunto de vida o muerte, debido a la peligrosidad del nombrar” (*Ibidem*, pp. 35-36).

³⁴ Derrida, Jacques, *El monolingüismo del otro*, Buenos Aires: Manantial, 1997, p. 22.

popular frente al poder imperial.³⁵ En el marco de la investigación científico-cognitiva mediada por las limitaciones que impone la reflexión filosófica desde Heidegger y la pragmática, la computación *asiste* a una comunicación que expresa y supone trasfondos culturales y prácticas de sentido históricamente sedimentadas. En el marco de la teoría del *managment* como pedagogía inscrita en una política de modernización cultural, la “comunicación” debe ahormarse a una interfaz cibernética que formaliza dicho trasfondo cultural reduciéndolo a un conjunto de prescripciones cuyo sentido único es la productividad. El referente de *comunicación* difiere en ambos contextos, generando una secuencia comunicación/computación/comunicación. En el primer caso se trataría del confortable y suelto de cuerpo idioma de un *adentro* imperial; en el otro sería del angustioso afuera de voces informes o dóciles. La interfaz –como cualquier pantalla, película, “pielcita”– permitiría esta regimentación transcultural, sin que la matriz cultural entre en cortocircuito con su propia barbarie.³⁶

Sin embargo, ¿es posible una transacción sin residuos entre vida y habla? ¿No es el “habla tecnologizada” de Flores, a su modo, una continuación de la hiperdiscursividad upelienta por otros medios? Si la hipersensibilidad sobre “la dimensión compromiso del lenguaje” puede leerse como eco de un *déficit de eficacia* de las hablas revolucionarias, ¿no hay un gesto que pervive? ¿No se mueve este discurso en una misma relación con el lenguaje? Siguiendo a Agamben, podríamos denominar “sacramental” a dicha relación. Para este filósofo, “la lengua humana pudo producirse [...] sólo en el momento en que el viviente [...] se empeñó en responder a sus palabras con su vida”.³⁷ Con la emergencia del lenguaje, el viviente humano se habría encontrado expuesto a la posibilidad formal de la mentira. Luego, la constitución del hombre como *ente cuya forma de vida se juega en el lenguaje* (como “viviente que tiene lenguaje”) acontecería en una *sacratio* que, como sentido originario de la promesa y el juramento, tiene el efecto reflexivo de “conectar las palabras, las acciones y las acciones en un nexo ético y político”.³⁸

³⁵ Codifica en el sentido de dar forma, ordenar, organizar, legislar, las nuevas relaciones de poder.

³⁶ Conviene observar que el testimonio de la inquietud, en el discurso de Flores, por las relaciones imperiales se encuentra ya en su tesis de grado como ingeniero civil. “La dependencia es pues hoy la integración de América Latina al sistema imperialista mismo. Luchar por su superación, es luchar por la destrucción del sistema Imperialista. Toda lucha contra el imperialismo es un paso hacia nuestra liberación” (Citado por Skoknic, 2009). La tesis, que aparece en el catálogo de la UC como publicada el año 1970, se titula: “Análisis histórico y práctica académica: el caso de la ingeniería industrial”.

³⁷ Agamben, Giorgio, *El sacramento del lenguaje*, Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2008 [2010], p. 107.

³⁸ *Ídem*.

Sería este ofrendarse al lenguaje o, más precisamente, a un discurso, el que, presente en el estilo que habría marcado a la UP según la retrospectiva de Moulian, se continúa en el énfasis de Flores en el compromiso concomitante a todo acto de habla. ¿No supone, sin embargo, el Golpe y su onda expansiva una alteración en el sentido de la ofrenda? Atendiendo a la tesis de Paolo Prodi sobre la progresiva desaparición del juramento en la vida social contemporánea, Agamben señala lo siguiente: “la humanidad hoy se encuentra frente a una disyunción [...]. Por un lado se halla ahora el viviente, cada vez más reducido a una realidad puramente biológica y aun vida desnuda; y por otro lado, se halla el hablante, separado artificialmente de él, a través de una multiplicidad de dispositivos técnico-mediáticos, [...] en una proliferación espectacular sin precedentes de palabras vanas [...] y [...] dispositivos legislativos que tratan obstinadamente de legislar cada aspecto de aquella vida que ya no parecen poder capturar”.³⁹ La política se vuelve imposible como experiencia genuina y es sustituida por una “*oikonomía*, es decir, un gobierno de la palabra vacía sobre la vida desnuda”.⁴⁰

Ante estas consideraciones, la filosofía de Flores propone un modo post-político del “sacramento del lenguaje” que no superaría la escisión entre viviente y hablante: *expresaría el juramento mismo de la muerte de la política. ¿Cómo es posible esta figura?* En primer término, ¿es dicha escisión, a la cual la *sacratio* sería una respuesta, un mero efecto de la auto-finalización del lenguaje simbólico que suspende toda conexión inmediata o causal con el mundo de las acciones y las cosas? ¿Es este “sacramento” originario, como parece pensar Agamben, simplemente una respuesta al –impacto de las propiedades formales del– lenguaje?

Correspondería, quizás, completar la gramática del argumento de Agamben considerando el dilema ya señalado por Derrida: la escisión misma sería efecto de una potencia aniquiladora que, venida de *otro*, condiciona la vida, no meramente al lenguaje

³⁹ *Ibidem*, p. 109.

⁴⁰ *Ibidem*, p. 111. Según Agamben, la tradición filosófica misma señala la posibilidad de una relación afirmativa con el lenguaje que es, a la vez, crítica del juramento y de la vanidad de la palabra. (Cfr.: *Ibidem*, pp. 110 ss).

como forma, sino a un habla, a una lengua y a cierto discurso que prevalece en ella. En este juego de extirpación e implantación, la consagración liga a la lengua de *otro*.⁴¹ Se sigue la posibilidad de un viviente que pone en juego sacramental su vida en el cumplimiento de la palabra pero que, a la vez, permanece exterior a “su” lengua, instrumentalizándola para asegurar su auto-conservación. La escisión entre hablante y viviente permanecería como fondo mudo de una lengua que goza de plenitud semántica y de un habla pragmáticamente feliz: *vivientes que no hablan, hablantes que no viven*.

Igual que las “hablas mecanizadas” de la transición, la comunicación *computer-based* pretendía la neutralización del tono. Si, como reconoce Flores siguiendo a Heidegger, los estados de ánimo son constitutivos del habla y hallan su manifestación en el tono, entonces no es posible cumplir semejante pretensión.⁴² Los tonos, no obstante, se pueden fingir o imitar.⁴³ La modernización del habla exige, entonces, aprender a pasar por alto el tono porque exige una *impostación*: tomar el tono de otro, oírse —a sí mismo— otro. Si, literalmente, “impostar” significa “emitir el sonido en su plenitud sin vacilación ni temblor”⁴⁴, ese oírse otro es oír la ausencia de vacilación y temblor al hablar. ¿No es esa ausencia, a la vez, el sonido de la *ipseidad*, del sí-mismo? Por tanto impostar es, al mismo tiempo, *oírse a sí-mismo*. El costo, como observa Flores, es pasar por alto la posibilidad de la descortesía poniendo en suspenso la amistad, si resulta ser que, “en ciertos contextos”, lo humano se señala a lo humano en la ambigüedad y la vacilación de la voz —entre la mismidad y la alteridad. Y si resulta, además, que arriesgar la amistad es rehusarla, entonces no es posible la amistad en la transición modernizadora y lo humano sólo da testimonio de sí solo.

Con esta política de la impostación aparece una paradoja formal de alcance más general: si exige oírse a sí mismo con el tono de otro, oírse a-sí-mismo-otro —y tolerar esa locura, que sea, quizás, tolerar la forma misma de la locura—, ¿cómo puedo

⁴¹ Si esta relación *sacramental* supone la derrota y se dirige a una lengua ajena. El delirio de apropiación de la lengua, por su parte, tiene como condición ese mismo movimiento de muerte por el cual desplaza a otra lengua en la vida de otros. El vaciamiento contemporáneo del lenguaje que diagnostica Agamben no sería sino el despuntar de la imposibilidad de continuar operando este movimiento habiéndose llegado a una suerte de *monolingüismo universal que revierte irremisiblemente a la única lengua en lengua de otro*. En ese sentido entiendo parte del argumento de Derrida en *El Monolingüismo del Otro* (Cfr.: Derrida, op. cit., 1997).

⁴² “El índice lingüístico de ese momento constitutivo del discurso que es la notificación del estar-en afectivamente dispuesto lo hallamos en el tono de la voz, la modulación, el *tempo*, en la ‘manera de hablar’” (Heidegger, Martin, *Ser y tiempo* (trad. Jorge Eduardo Rivera), Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1997, p. 186).

⁴³ Para lo que sigue, Cfr. Derrida, Jacques, *De un tono apocalíptico recientemente adaptado en Filosofía*, México D.F.: Siglo XXI, 1994, p. 26.

⁴⁴ Diccionario RAE.

re-clamar esa voz? ¿Qué voz (quién-voz) efectuaría dicha reclamación? Si la voz, su tono, pone el dilema de la lengua, ésta, a su vez, devuelve el dilema de la voz: o es *de alguien* o es un *qué*.

Bibliografía

- Abraham, Tomás, *La empresa de vivir*, Buenos Aires: Sudamericana, 2000.
- Agamben, Giorgio, *El Sacramento del Lenguaje*, Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2010 [Original en italiano: 2008].
- Derrida, Jacques, *De un tono apocalíptico recientemente adoptado en Filosofía*, México D.F.: Siglo XXI, 1994 [Original en Francés: 1983].
- , *El Monolingüismo del otro*, Buenos Aires: Manantial, 1997 [Original en Francés: 1996].
- Devés, Eduardo, *Escépticos del sentido*, Santiago: Nuestra América, 1984.
- Flores, Fernando, *Inventando la empresa del siglo XXI* [5ª ed.], Santiago: Ediciones Pedagógicas Chilenas S. A., 1993.
- Heidegger, Martin, *Ser y tiempo* (trad. Jorge Eduardo Rivera), Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1997.
- Moulian, Tomás, *Chile actual: anatomía de un mito* [2ª Ed.], Santiago: LOM-ARCIS, 1997.
- Richard, Nelly, *Residuos y metáforas (Ensayos de crítica cultural sobre el Chile de la transición)*, Santiago: Cuarto Propio, 1998.
- Skoknic, Francisca, "La curiosa tesis con que Fernando Flores se graduó de ingeniero". <http://ciperchile.cl/2009/05/07/la-curiosa-tesis-con-que-fernando-flores-se-graduó-de-ingeniero/> [revisado por última vez: 16-09-2013], 2009.